

ofrece la imagen del escritor serio que no logra traspasar la barrera minoritaria y se reconcomen muchas veces en su amargura.

Con Giles Devore, auténtico espécimen que crece en todas las faunas literarias en que el prestigio está exclusivamente ligado a las cifras de venta, la disección es más cruel. Es el escritor de éxito fulgurante, arrollador, surgido de la nada, convertido en "estrella" del firmamento literario de la noche a la mañana. Tras esa apariencia se encubre la verdad de quien sólo es una pobre persona, mezquina, miserable e incompetente. Una simple fachada a la que soporta una balumba artificial con algo menos que pies de barro, sencillamente sin pies. Los rasgos del comportamiento contractual, sexual y social de este individuo constituyen el núcleo del relato como reflexión que el escritor Asimov hace sobre su oficio en USA, es decir, sobre la futilidad del éxito, que puede caer no del lado del más preparado, responsable y productivo, sino quizá de un insensato, un farsante huero o un pobre inmaduro de tres al cuarto, al que un sistema depreudador saca las mantecas de sus complejos o particularidades para venderlas al mejor postor.

En esta novela, Asimov es el escritor ameno que desarrolla una trama de misterio en forma de proceso que avanza implacable, no de círculo que se aísla. Pero detrás, el escritor desmalla la envoltura rosada y con lentejuelas de la industria del libro en USA. Un medio no más corrompido en sus relaciones que el de los médicos, abogados, ingenieros o economistas. No menos aquí que allá, por otra parte. Porque, en definitiva, es la práctica de la literatura, el teatro, la sanidad o el Derecho, en el marco y leyes capitalistas, con su conversión absoluta y directa en mercancía y su competitividad a tumba abierta, lo que determina, en primera instancia, esta situación.

Asimov es demasiado viejo zorro para explicitar todo esto, pero su relato no es el de un "inocente" insustancial que vive la placidez y creencia del sistema. Es el de un hombre curtido y avezado, hijo de judíos rusos emigrados, pasteleros en Brooklyn, de niñez dura y trabajo intenso en diversos campos. "Asesinato en la Convención", escrita con evidente desparpajo y humor (muy bien traducida por Antonio Moya), está mucho

más cerca del maestro Hammet que de los "especialistas" en misterios, indescifrables para el sufrido lector, que sólo el talento inmarcesible del investigador-autor es capaz de desentrañar. Aquí todo es simple y contradictorio, verosímil a pies juntillas. Por eso es interesante. ■ JUAN ANTONIO HORMIGÓN.

## Tirso, ahora

Para quien conozca la Universidad norteamericana y la importancia que en ella tienen los estudios de literatura española, una colección como la que Cátedra dedica a los clásicos —aunque no falte algún que otro texto contemporáneo, de autores como Lorca, Buero, Arrabal o Ruibal, de amplia proyección entre los hispanistas— resulta totalmente justificada. Hacia ese mercado se dirige la selección de textos y el espíritu de los prólogos, escritos estos últimos las más de las veces por profesores que tienen alguna relación directa con aquel mundo.

Yo no sé si, en su conjunto, ese es un buen camino. Leyendo, por ejemplo, el documentado prólogo de Joaquín Casaldueiro a "El Burlador de Sevilla y El convidado de piedra", uno se entera de una serie de cosas referidas a la estructura formal de la obra, pero no aparece ni sombra de esas críticas —recordemos, por ejemplo, al Azorín más rebelde, antes de llegar a su última y larga etapa conservadora— que colocaron a Tirso muy por encima de Lope y de Calderón. El hecho de que Azorín —por seguir con el ejemplo— rectificara esta posición y acabara aceptando los criterios tradicionales, paralelamente a su proceso general de "acomodación", es el dato complementario que conviene tener en cuenta.

Dice Casaldueiro de un modo taxativo: "El barroco está todo él dirigido a la glorificación del Estado —el Rey— y de la Iglesia —Dios—. El teatro, el edificio, es el nuevo templo nacional". Sabemos que en esa misma dirección se han pronunciado recientemente una serie de estudiosos, acumulando ejemplos en torno a la función sociopolítica que cumplió dicho teatro, ligado como estaba —Lope, Tirso y Calderón fueron curas o frailes, pese al carácter turbulento de la biografía de Lope o al gozoso sensualismo del teatro de Tirso— a los principios de una Monarquía absolutista e imperial que nunca hubie-

ra tolerado la existencia de un teatro crítico. Es curioso cómo para nosotros, los que vivimos en la cotidianeidad teatral española y hemos sido testigos de una sucesión de aburridas representaciones de los clásicos a lo largo de las últimas décadas, esta relación entre el teatro del barroco y la sociedad es un tema de enorme importancia, por cuanto que en él están las claves de un problema que, por ejemplo, bien podía enunciarse diciendo que ese extraordinario texto de "El burlador de Sevilla", que van a estudiar centenares de universitarios norteamericanos, sólo se ha representado, durante el último cuarto de siglo, una sola vez, y con notorio desconcierto del público —era un montaje de Miguel Narros, con escenografía de Francisco Nieva—, acostumbrado, por lo que al tema se refiere, al "Don Juan" de Zorrilla y, en cuanto a la forma, al teatro mejor guisado de Lope, y al más enfático y doctoral de Calderón.

Sé que estas son cuestiones que no invalidan para nada la introducción de Casaldueiro. Supongo, incluso, que su estudio de la estructura de la obra o sus consideraciones sobre la versión que toma como base son cosas que el estudiante debe conocer. Pero —y tengo la modesta experiencia de haber dado hasta cuatro cursos de verano en la Universidad de Albany— uno siente siempre que este tipo de estudios parecen referirse a países cerrados, a culturas que cubrieron su ciclo —como pudiera ser el Egipto faraónico o la edad helénica— y no a sociedades como la española, turbulentas, conflictivas, de cuya conciencia histórica vigente forma parte de un modo de entender o no entender a los clásicos. Y, concretamente, el conocimiento, la momificación o la ausencia de un escritor como Tirso.

Dice también Casaldueiro que "el espectador o lector del teatro español del barroco no debe ir en busca de las estructuras psicológicas o de 'datos' socioeconómicos y políticos". Naturalmente. Ninguna obra, del barroco o de no importa qué otra época, puede ser leída o vista con esa intención. Pero, inevitablemente, la acción dramática, los comportamientos de los personajes, imponen una significación a la obra en el juego político de su tiempo, revelando a través de ella una serie de datos socioeconómicos, quizá implícitos, pero en íntima relación con los términos de la

historia que se cuenta. Bastaría, por ejemplo, contraponer la actitud de Don Juan frente a las mujeres —lo mismo le da una pescadora que una duquesa, una labradora que la hija de un comendador— con los "arreglos cortesanos" del desenlace, cuando "cada oveja se va con su pareja", o la idea fugaz del amor que tiene el Burlador con la institucional que impone el Sistema —representado por el Rey y los cortesanos y, de un modo reflejo, por los mismos villanos—, para que de inmediato aparecieran dos conceptos de la vida que entrañan, a su vez, dos conceptos de la sociedad y dos modos de considerar el "status" económico. Conflicto en el que, sin duda, estaría la pervivencia de Don Juan, mito que ejemplifica —más allá de sus astucias y de su fijación erótica, o de su salvación o su condena— el afán de libertad frente a unas determinadas normas morales, que son también socioeconómicas.

Naturalmente, el autor del prólogo puede pensar que esto que digo es falso, ingenuo o irrelevante. No importa. Lo único que quiero apuntar aquí es que el hispanismo, centrado las más de las veces en los siglos XVI y XVII, olvida a menudo que los españoles también estamos en el XX y que los clásicos, o forman parte activa de nuestro tiempo, o, simplemente, han dejado de ser clásicos. ■ JOSE MONLEÓN.

## Para comprender el fenómeno Xirinacs

Lluís María Xirinacs es ese hombre que, con el respaldo de medio millón de votos barceloneses, ha llegado a ocupar un escaño en el Senado; en éste, tal como ha venido haciendo en los últimos años, no ha dejado de solicitar la amnistía general. Es también ese hombre para quien millares de catalanes han solicitado el Premio Nobel de la Paz por su ininterrumpida lucha no-violenta en pro de la aplicación en este país de los derechos humanos. Es un hombre-símbolo.

Un símbolo cuya imagen y validez no son pocos los que intentan destruir, unas veces mediante la invención de falsas historias sobre su conducta o su inti-

idad, e incluso sobre lo que piensa el pueblo sobre él, y otras calificándolo de hombre egocéntrico, ávido de protagonismo y enfermo mental.

La realidad, a pesar de esos intencionados ataques por desintegrar su prestigio moral y social, es bien distinta. Xirinacs es un sacerdote progresista que, hace ya bastantes años, tomó decidido partido por vivir consecuentemente sus convicciones religiosas, con todos los sacrificios que esto implicaba. Fue de los pioneros en criticar dura-



Lluís Maria Xirinacs.

mente el maridaje de conveniencias entre la Iglesia oficial española y el régimen franquista. Y no se limitó a hacer públicas sus ideas progresistas, sino que las puso en práctica: renunció a los beneficios concordatarios, renunció a cobrar del Estado una nómina, devolvió a quienes trabajaban la tierra de la Iglesia las partes proporcionales que entregaban en la parroquia bajo su administración. Xirinacs sostiene que los beneficios de la tierra han de ser para quienes la trabajan, y otro tanto en lo que hace referencia a los beneficios de la actividad industrial. Su concepto del cristianismo le lleva a luchar, de forma no-violenta, por la consecución de una sociedad más justa, democrática y socialista. Esto le ha costado golpes, detenciones y encarcelamientos.

A Xirinacs le gusta escribir y dejar testimonio de cuanto sucede en torno a él. Y lo hace autobiográficamente. Sus escritos, sus diarios de las huelgas de hambre y de los encarcelamientos por fin están llegando con normalidad a los lectores, tras diversas vicisitudes con la cen-

sura. Sus dos primeras obras (1) son escritos en los que se hace una severa crítica al modo de vida de muchos cristianos de este país y apunta hacia lo que debieran ser modos de vida futuros. Son dos libros polémicos, uno de los cuales retuvo la censura hasta el pasado verano.

En los otros libros, los diarios de prisión y el de las huelgas de hambre (2), donde posiblemente el lector llegue a entender y a comprender ampliamente el ser y la personalidad de este cura catalán de casi dos metros de estatura y de rostro fuertemente bronceado de tantas horas pasadas frente a la barcelonesa Cárcel Modelo pidiendo la amnistía. Es en estos libros donde se denuncia la represión policial y gubernativa, el colaboracionismo de Guerra Campos y otros obispos con el poder absolutista y represivo de la minoría oligárquica y, por citar logros concretos, su función como elemento de unidad y acelerador de las fuerzas políticas de cara a la constitución de la **Asamblea de Catalunya**. Y cuenta cantidad de cosas más, vividas de cerca por él, que reflejan fielmente lo que ha significado y significa todavía de positivo para el pueblo, y de correctivo para el régimen, su particularísima función; como una más en la lucha por las libertades democráticas, pero diferenciada precisamente por su singularidad y por su simbolismo. ■

PABLO MORATA.

## El despertar sexual

Una doctora francesa, especialista en sexualidad infantil,

(1) *Secularització i Cristianisme*. Barcelona, Nova Terra, 1969. Colección "L'Home Nou", 24.

(Existe traducción al castellano, volumen 39 de la colección "El Hombre Nuevo" de la misma editorial con el título *Secularización y cristianismo*.)

*Futur d'Església*. Barcelona, 1976, misma editorial y colección que el anterior, número 43. (Hasta ese momento estuvo prohibido por la censura.)

(Hace dos meses apareció la edición en castellano, titulada *Futuro de la Iglesia*. Comunidad cristiana de base, número 56 de la colección "El Hombre Nuevo", de la misma editorial ya citada.)

(2) *L'Espectacle obsessiu* (Diari de presó, I-1974) y *Entre en el gran buit* (Diari de presó, II-1975), volúmenes 7 y 8, respectivamente, y *Vaga de fam per Catalunya* (Diari de vint-i-un dies), volumen 16 de la colección "Noves Actituds", de la misma editorial Nova Terra.

(Los dos primeros están traducidos al castellano, dentro de la colección "Nueva Síntesis", de la misma editorial, siendo inminente la aparición de la traducción del tercero.)

escribe un libro (1) que, sin grandes pretensiones, pretende dramatizar el fenómeno del despertar sexual en el niño o en la niña.

Sus páginas —bastante mal traducidas por cierto— se esmalan de hechos sacados principalmente de la literatura actual. Las observaciones penetrantemente humanas de la novela francesa le sirven de vehículo para encuadrar las experiencias que ella ha conocido en su consulta y en grupos de reflexión con jóvenes de todas las edades. Lástima que le falte a esta obra un mayor y más científico comentario a estos textos de testimonio humano, que gustaría estuvieran basados con mayor detalle en la ciencia sexológica y psicológica actuales.

Lo más interesante del libro, aparte de esos testimonios humanos, es el planteamiento que evita una tesis fija que supusiera o una "madre ideal" o un tipo de recetario de "moral sexual", porque estamos acostumbrados a lo contrario: o se nos vuelve a querer convencer de la vigencia de todo aquello que decían los antiguos libros de moral, a pesar de encontrarnos en un contexto social muy diferente, o —por el contrario— se escribe con una gran delicuescencia por parte de algunos moralistas progresistas —sobre todo clérigos—, que siguen queriendo mantener su dominio —ahora un dominio concesivo— sobre una clientela que se les va, y a la cual le gusta oír ahora la receta abierta en vez de la receta cerrada, pero que vive todavía en una minoría de edad que sólo se satisface de este casuismo permisivo propio de imberbes.

La moral —y también la moral sexual— tendrá que surgir de nuestra personal adaptación a la realidad para impulsarla en lo que tiene de dinámico, constructivo y creador; pero nunca debe ser el acoplarnos a un código hecho que ayer era retrógrado y que hoy se pretende avanzado, siguiendo el mismo sistema infantil de la imposición puramente autoritaria.

En sus páginas se relatan los juegos sexuales infantiles como algo natural en el desarrollo del niño, cuyo sentido ha sido descubierto principalmente por Freud, y que carecen de esa negatividad moral que les habíamos prestado en la moral antigua. Se

(1) Doctora Françoise Benazet-Marty: "La madre y el despertar sexual del niño". Ed. Desclee. Bilbao, 1977.

hacen, además, observaciones muy oportunas sobre sus causas efectivas, cuando estos juegos se vuelven persistentes y adquieren un ritmo de repetición más o menos neurótica.

Se habla también de la necesidad afectiva del niño, que debe ser encarnada sensiblemente en aquellos que le rodean para poder tener un normal desarrollo sexual; así como del descubrimiento del cuerpo, que hoy aparece como algo decisivo para la posterior relación interhumana; salen a relucir las diferentes reacciones ante el cuerpo desnudo, según los sexos y las circunstancias personales; la impronta negativa que produce el "secreteo" sobre las cuestiones del sexo, y también una información clara demasiado tardía. Igualmente se expone la distinta valoración que da el niño al lenguaje sexual en comparación con el adulto, y la dificultad que tiene la madre para confiar en el hijo o en la hija que empieza, al llegar la adolescencia, a salir con independencia de la casa y a tener relaciones amistosas con el otro sexo; el deseo celoso que tiene la juventud de vivir con independencia y que se respeten sus propios secretos, que los adultos no saben comprender. Por último, se tratan también los problemas psicológicos y humanos de la anticoncepción y del aborto, analizando en forma original la falta de sentido moral profundo de los padres que se encuentran con una hija embarazada sin quererlo.

La época actual tiene nuevos problemas que ayer no existían o que se ocultaban hipócritamente. Esta época tiene una característica que le da una posibilidad positiva de cara a la formación humana: la de acceder, si somos conscientes de su valor, a una mayor autenticidad y a un mayor realismo humano, ahondando con mayor libertad en la compleja psicología humana. Una relación entre los hombres, y sobre todo entre los jóvenes, que sea más franca y más abierta podría ser un camino hacia un desarrollo más maduro y más eficaz de la psicología humana en formación, y se debería aprender más claramente por este camino que la materia física, la sensibilidad, el afecto, las ideas y el espíritu están siempre unidos, se quiera o no se quiera, y no podemos ni debemos separarlos unos de otros, porque la persona humana es el conjunto armónico e integrado de todos estos niveles. Vido esto en la relación hombre-